



Sales

Esta

Numero

B
85
25

Biblioteca Universitaria

S

Re

T

Numero

C
17
93

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

2
38-164

BIBLIOTE

G

Sala:

B

Esta:

25

Número:

425

Biblioteca Universitaria

CRANADA

Sala:

C

Estante:

17

Tabla:

Número:

193

2
38-164

2

38-164

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

Los señores editores de esta obra se han esforzado por dar a conocer al público el valor y utilidad de esta obra, y para que sea más conocida, se ha publicado en esta forma.

ADVERTENCIA.

Los señores editores de esta obra se han esforzado por dar a conocer al público el valor y utilidad de esta obra, y para que sea más conocida, se ha publicado en esta forma.

Por error involuntario aparece en las copias de esta obra que esta escrita por don Estéban Hernández y Fernández, debiendo decir por M. Alejandro Dumas, a cuyo autor pertenece. El error se ha cometido por una equivocación de los editores, y se ha corregido en esta edición.

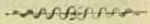
IMPRESION EN LA TIPOGRAFIA DE DON JUAN DE LOS RIOS.

EL GATO CON BOTAS.

EL GATO CON BOTAS. CUENTO

POR

CH. PERRAULT.



MADRID.

Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1873.

EL GATO CON BOTAS

CUENTO

por

CH. PERRAULT.

MADEIRA

Imprenta de la Galería Literaria,

Calles 4.

1888

EL GATO CON BOTAS.

Murió un molinero que tenía tres hijos, y no dejó más bienes que su molino, su borriquillo y un gato.

Se hicieron las particiones con gran facilidad, y ni el escribano ni el procurador, que se hubieran comido tan pobre patrimonio, tuvieron que entender en ellas.

El mayor de los tres hermanos se quedó con el molino.

El mediano fué dueño del borriquillo.

Y el pequeño no tuvo otra herencia que el gato.

El pobre chico se desconsoló al verse con tan pobre patrimonio.

—Mis hermanos,—decía,—podrán ganarse

honradamente la vida trabajando juntos; pero despues que me haya comido mi gato y lo poco que me den por su piel, no tendré más remedio que morir de hambre.

El gato, que escuchaba estas palabras, se subió de un salto sobre las rodillas de su amo, y acariciándole á su manera, le dijo:

—No os desconsolis, mi amo; compradme un par de botas y un saco con cordones, y ya vereis como no es tan mala la parte de herencia que os ha tocado.

El chico tenia tal confianza en la astucia de su gato y le habia visto desplegar tanto ingenio en la caza de pájaros y de ratones, que no desesperó de ser por él socorrido en su miseria. Reunió, pues, algun dinerillo, y le compró los objetos que pedia.

El gato se puso inmediatamente las botas, colgóse el saco al cuello, asiendo los cordones con sus patas de delante, y se fué á un soto donde habia gran número de conejos.

Colocó de cierto modo el saco al pié de un árbol, puso en su fondo algunas yerbas de

tomillo, y haciéndose el muerto, esperó á que algun gazapo, poco instruido en los peligros del mundo, entrase en el saco para regalarse con lo que en él habia.

Pocos momentos hacia que estaba apostado, cuando un conejillo entró corriendo en el saco. El gato tiró de los cordones, cogiéndole dentro, y le dió muerte con la mayor destreza.

Orgullosa de su hazaña, se dirigió al palacio del rey de aquella tierra, y pidió hablar á S. M.

Condujéronle á la cámara real, y despues de hacer una gran reverencia al monarca, le dijo presentándole el conejo:

—Señor, mi amo el señor marqués de Carabas tendrá un placer en que os digneis probar su caza, y os envia este conejo que ha cogido esta mañana en sus sotos.

—Di á tu amo,—respondió el rey,—que lo acepto con mucho gusto, y que le doy las gracias.

El gato salió de palacio saltando de ale-

gría, y fué á decir á su amo lo que habia hecho.

Algunos dias despues volvió al bosque, armado con sus botas y su saco, y no tardó en apoderarse de un par de perdices.

Inmediatamente fué á presentarlas al rey, como habia hecho con el conejo, y el monarca recibió con tanto gusto las dos perdices, que mandó á su tesorero diese al gato algun dinero para beber.

El gato continuó durante dos ó tres meses llevando de tiempo en tiempo al rey una parte de su caza. Pero un dia supo que el rey debia ir á paseo por la orilla del rio con su hija, la princesa más hermosa del mundo, y entonces dijo á su amo:

—Si quereis seguir mis consejos, teneis hecha vuestra fortuna: id á bañaros al rio, en el sitio que yo os diga, y luego dejarme hacer.

El hijo del molinero hizo lo que el gato le aconsejaba, aunque no comprendia cuales pudiesen ser sus instintos.

Cuando se estaba bañando llegó el rey á

la orilla del río, y entonces el gato se puso á gritar con todas sus fuerzas.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡El señor marqués de Carabas se está ahogando!

A este grito, el rey asomó la cabeza por la portezuela, y reconociendo al gato que tantas veces le habia llevado caza, mandó inmediatamente á sus guardias que fuesen en socorro del marqués de Carabas.

En tanto que sacaban del río al pobre marqués, el gato, aproximándose á la carroza, dijo al rey, que mientras su amo se bañaba, unos ladrones le habian robado sus ropas, aunque él habia llamado en su auxilio con todas sus fuerzas, y el rey mandó inmediatamente á los oficiales de su guardaropa que fuesen á buscar uno de sus más bellos trajes para el marqués de Carabas.

Despues que estuvo vestido se presentó al rey, que le recibió con mucho agrado, y como las hermosas ropas que acababan de darle aumentaban mucho su natural belleza, la hija del monarca le encontró muy de su gus-

to y le dirigió una mirada tan tierna y cariñosa que dió algo que pensar á los cortesanos.

El rey invitó al marqués á subir en la carroza y á acompañarle en su paseo, y el gato, lleno de júbilo al ver que empezaban á realizarse sus designios, tomó la delantera.

No tardó en encontrar unos labriegos que segaban la yerba de un prado y les dijo:

—Buenas gentes, si no decís al rey que el prado que estais segando pertenece al señor marqués de Carabas, sereis hechos pedazos tan menudos como las piedras del rio.

El rey no dejó de preguntar á los segadores quien era el dueño de aquellos prados, y temerosos por la amenaza del gato, los labriegos contestaron á una voz:

—Es el señor marqués de Carabas.

—Teneis unos terrenos magníficos,—dijo el rey al hijo del molinero.

—Sí, señor,—respondió éste;—este prado me da todos los años productos muy abundantes.

El gato, que iba siempre delante, encontró luego unos cavadores y les dijo:

—Buenas gentes, si cuando el rey os pregunte no le contestais que estas tierras son del marqués de Carabas, os harán pedazos tan menudos como las piedras del rio.

El rey, que pasó un momento despues, quiso saber á quien pertenecian aquellas tierras, y preguntó á los labriegos.

—Nuestro amo, —respondieron éstos, —es el señor marqués de Carabas.

Y el rey felicitó de nuevo al hijo del molinero.

El gato, que iba siempre delante de la carroza, decia lo mismo á todas las gentes que encontraba en el camino, y el rey se admiró bien pronto de las grandes riquezas del marqués de Carabas.

El gato llegó, al fin, á un hermoso castillo, cuyo dueño era un ogro, el más rico de la comarca, pues le pertenecian todos los prados y bosques por donde el rey habia pasado.

Despues de informarse de las cualidades de este ogro, llegó el gato á su residencia y pidió hablarle, diciendo que no habia querido pasar por sus dominios sin presentarle sus respetos.

El ogro le recibió con una gran amabilidad y le hizo reposar.

—Me han asegurado,—le dijo el gato,—que teneis el don de poder convertiros en el animal que os parece; que podeis, por ejemplo, trasformaros en elefante, en leon...

—Sí por cierto,—respondió el ogro,—y para probároslo, vais á verme convertido en leon.

La trasformacion se verificó instántáneamente, y el gato se espantó tanto al ver un leon ante sí, que saltó al alero del tejado, no sin alguna dificultad, á causa de sus botas, que no servian para andar por las tejas.

Algun tiempo despues, viendo que el ogro habia recobrado su forma primitiva, el gato descendió y le dijo:

—Me han asegurado tambien, pero no puedo creerlo, que teneis asimismo la facultad de trasformaros en los animales pequeños; por ejemplo, que podeis tomar la forma de un raton. Eso me parece imposible.

—¡Imposible!—exclamó el ogro;—¡vais á convenceros!

Y al mismo tiempo se trasformó en un raton sumamente pequeño, y se puso á correr por la sala.

El gato no esperó más, y lanzándose ágilmente sobre él, le clavó las uñas y los dientes y le degolló.

En tanto, el rey, que al pasar vió el magnífico castillo del ogro, quiso entrar en él á descansar.

El gato, que oyó el ruido de la carroza al rodar sobre el puente levadizo, salió corriendo y dijo al rey:

—¡Bien venido sea V. M. al castillo de mi noble amo el marqués de Carabas!

—¡Cómo, señor marqués!—dijo el rey al hijo del molinero;—¡es vuestro este castillo! ¡No hay otro tan hermoso en mis estados! ¡Enseñádnoslo, si gustais!

El marqués presentó el brazo á la joven princesa, y siguiendo al rey, que marchaba el primero, entraron en una gran sala, donde encontraron servida una opípara cena que el ogro había hecho preparar para sus amigos,

que aquella noche debian ir á solazarse al castillo y que no se atrevieron á entrar cuando supieron que el rey estaba allí.

El rey, encantado de las buenas cualidades del marqués, y viendo que á su hija no le habia sido indiferente, le dijo, despues de haber bebido cuatro ó cinco copas de un excelente vino:

—Tendria mucho placer, amigo mio, si quisierais ser mi yerno.

El hijo del molinero, haciendo grandes reverencias, aceptó la honrosa proposicion del rey, y pocos dias despues dió la mano de esposo á la jóven y bella princesa.

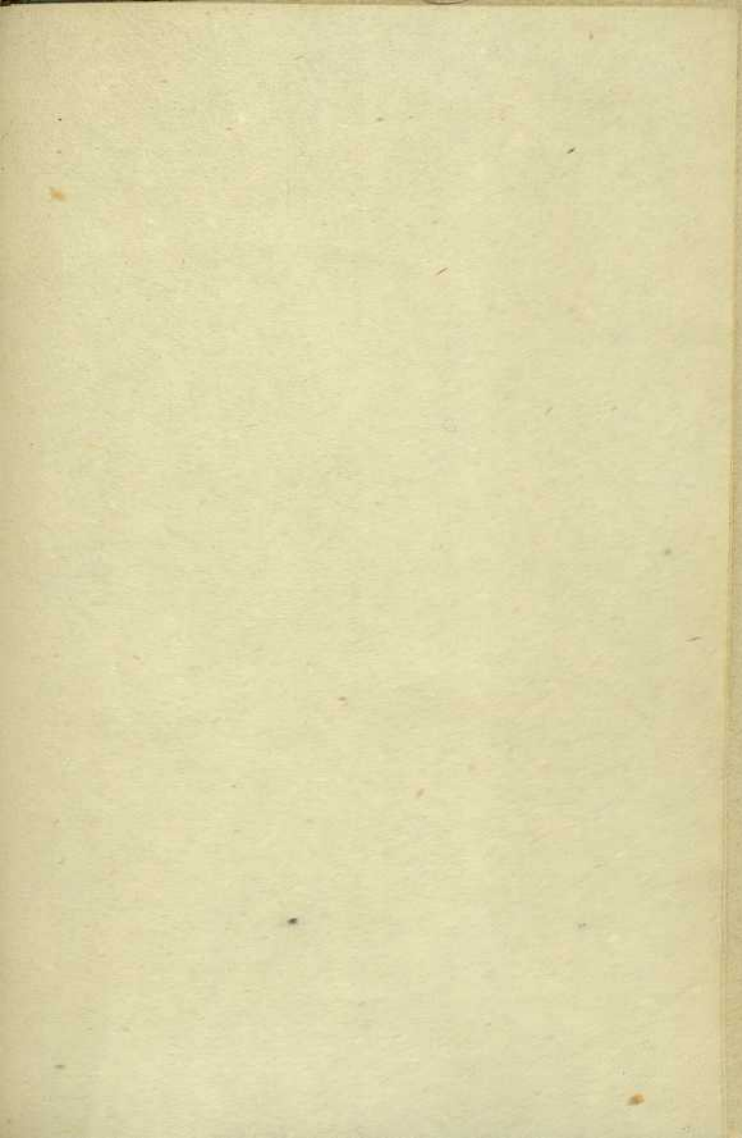
El gato fué todo un gran señor, y ya no corrió tras los ratonessino por pura diversion.

Nunca se separó de su amo, y algunas veces le decia con tono grato:

—Ya veis como el ingenio y la industria valen más que todas las herencias.

Aquel gato era un gran filósofo.

FIN.



Index

